Argentina. La “ira aria” de Ottalango: “Sí, soy fascista, ¿y qué?”

Entre los postreros estertores de la Argentina de los militares, las tragedias que cuentan no son solamente las pasadas (30 000 detenidos-desaparecidos en la “Guerra Sucia”, la derrota de las Malvinas, la catástrofe económico-financiera nacional, etcétera), sino también las presentes y las que ya ominosamente se predicen, entre ellas la “ineluctabilidad” de una guerra civil.

Hay signos y demostraciones de la hondura de esas catástrofes. Un Guillermo Patricio Kelly, cuya tradicional valentía física siempre se dio la mano con oscuras prestaciones a servicios de espionaje nacionales y extranjeros, aparece hoy como el fiscal de la honra y el decoro de la república.

Un dirigente sindical representativo del matonaje y la prepotencia del sindicalismo digitado y verticalista, el “turco” Lorenzo Miguel, no sólo ha vuelto a levantar cabeza como máximo líder de una clase trabajadora golpeada y pauperizada a niveles de hambreamiento, sino que además es virtual jefe del Partido Justicialista, el primero en importancia numérica del país, hasta que no se pruebe lo contrario.

En la provincia de Buenos la más importante del país, la maquinaria peronista designa candidato a gobernador a otro casi iletrado “dirigente” sindical, Herminio Iglesias, en verdad también matón de vieja escuela que añade a su ningún patrimonio intelectual o cultural uno de naturaleza material y contundente: regentea el juego clandestino, la prostitución disfrazada y un sistema de moteles y hoteles en esa provincia y en la capital federal. “Su” candidato a comandante en jefe de las fuerzas armadas en caso de que triunfe el peronismo en las elecciones del 30 de octubre es el actual jefe de policía provincial, general Fernando Verplaetsen, un repugnante psicópata ligado a los primeros cuadros de la “Guerra Sucia”.

Y por si faltaran más detalles siniestros de lo que se avecina, vuelve a ser figura notable en el peronismo uno de los responsables máximos del actual desastre de las universidades argentinas, el ex rector Alberto Ottalagano, una especie de Atila siciliano, nostálgico del fascismo de Mussolini, antisemita confeso y ultracatólico de la estirpe de los Torquemada, fatuo ciantapuffi, mediocre hasta en su profesión de abogado pero con
vinculaciones políticas con los estratos más reaccionarios de la Iglesia y las fuerzas armadas que explican que, a despecho de lo atroz de su actuación en 1974-1975 (presidencia de María Estela Martínez de Perón), se le haya designado interventor del Partido Justicialista en la Provincia de Entre Ríos. Es decir, que sigue siendo útil a la maquinaria política peronista.

Ottalagano se estuvo quieto, al menos públicamente, durante las sanguinarias dictaduras de Videla, Viola y Galtieri. Emergió de pronto, a fines de agosto pasado, participó de una mesa redonda sobre el tema “El fascismo desde la óptica justicialista”, en cuyo transcurso, de acuerdo con una crónica de Clarín, “en medio de un clima en el que abundaron las expresiones antisemitas”, afirmó que “el fascismo es la afirmación viril de la catolicidad”, es también “la restauración de Occidente”, postuló que Europa “debe recoger el mandato fascista de ser la Cuarta Roma” (no el Cuarto Reich de Palomo) para, al final, excluir en el tono desafiante y pendenciero del Mussolini del balcón de la Piazza Venezia: “Hago mía la frase de Primo de Rivera: Soy fascista, ¿y qué?”

Cuando se le pidió su opinión acerca de este episodio al ministro del Interior, general Llamil Reston, que tiene a honra usar bigotitos cortados a lo Adolf Hitler, no mostró sorpresa ni disgusto. Explicó: “¿Ottalagano dijo que era fascista? ¡Qué novedad! Pero prestó un gran servicio en su momento”. El “servicio” fue “limpiar” de la Universidad de buenos Aires -dando de paso la tónica y el ejemplo a todas las restantes- de todo cuanto oliera en la rama catedrática a liberalismo político, izquierdismo en todas sus variables tenues o aceleradas -incluyendo los procedentes del espectro peronista- y de los apellidos judíos. La información respectiva, policíaca, la proporcionaban los servicios de inteligencia de las fuerzas armadas y los procedentes de la Curia Eclesiástica. Centenares de profesores, de todos los niveles y disciplinas, fueron cesados y obligados a emigrar. Gran parte de ellos pueblan hoy las universidades de Europa, Iberoamérica, Estados Unidos y Canadá. “Un gran servicio como lo explicó el postfascista Reston, que hizo de la universidad argentina un yermo sin alma ni espíritu. Por allí pasaron los “potros de bárbaros Atilas”. Y así está hoy pretendiendo producir becios y brutos con diplomas de licenciados y doctores.

Al comentar los exaltados vómitos de Ottalagano, el matutino La Prensa, que es notoriamente anticomunista, “occidental y cristiana” y promilitarista, se quejó por su virulencia antisemita, llamó la atención sobre su frase “el justicialismo es la encarnación
del fascismo” y sobre su augurio de que los actuales momentos “preceden a una guerra civil”, pera reflexionar correlativamente:

“Es, pues, explicable que funcionarios y entidades representativas de la colectividad judía hayan exteriorizado su preocupación y su disconformidad por un acto de reivindicación ideológica del régimen que hizo del antisemitismo uno de los primordiales objetivos de lucha. Hay algo, sin embargo, que nunca se lograra explicar ni comprender, y es que la educación argentina en su más alto nivel haya estado en manos de un fascista militante, a menos que se dé por aceptado que, efectivamente, ‘el justicialismo es la encarnación del fascismo’. Es esta, claro está, una definición que los actuales líderes del justicialismo deberán consentir o rechazar².”

Aquí La Prensa hace trampa a partir de su tácita pretensión de que era opuesta a lo que en materia de educación universitaria hicieron el ministro ultracatólico y ultraimbécil Ivanisevich y su consentido Ottalagano, mafioso con patente de rector. A pesar de su tradición liberal y seudo masónica, La Prensa estuvo anuente con la llamada “misión Ottalagano”, como lo estuvo su colega La Nación y, por silencio aceptador, Clarín. La universidad era para ellos un foco “subversivo” a partir de su alta politización, pero “subversivo” desde la óptica de la derecha y establishment. Y si fueron posibles Ivanisevich y Ottalagano porque fue posible que en la presidencia estuviera María Estela Martínez de Perón, mucho más lo fue porque la llamada prensa independiente estaba de acuerdo con hacer de las universidades recoletos antros de sumisión y acatamiento acientíficos antes que semilleros de disidencia y polémica contestataria y creadora. Prefirieron el silencio a la bulla de aulas y patios, y prepararon el gran malón de los militares que hizo de la Argentina el vasto cementerio de la educación y la cultura que es hoy. Incluidas las públicas quemazones de libros del general Benjamín Menéndez. Consintieron, por comisión u omisión, que las universidades se transformaran en cuarteles.

Los desmanes y desafueros de Ivanisevich/Ottalagano fueron rutina administrativa en tiempos de “La Señora”; pero en tanto esta gobernanta obtusa parece tener por ahora el tino suficiente como para mantenerse de verano en la Costa del Sol española, el siciliano Ottalagano reivindica el fascismo y la “Cuarto Roma” no en la Italia de sus ancestros, lo cual sería congruente con su predica, sino en la heterogénea Argentina que fue crisol de nacionalidades, etnias y religiones multifacéticas. Apoyado en la vertiente fascista del
difuso movimiento peronista, aparece como recobrado de su ostracismo y emerge como vocero y augur de su sector, quizás minúsculo pero no por ello menos influyente. El dirigente Deolindo Bittel le nombró interventor peronista en una provincia. Bittel no es conocido como fascista, pero sí como “hábil político”. Es este tipo de “habilidades” y vivezas criollas las que hacen de la política argentina campo fértil para que en ella medren y prosperen los Ottalagano, Lorenzo Miguel, Herminio Iglesias y similares próceres, compadres, padrinos mafiosos y matones de toda laya y pelaje.

Ottalagano acaba de ser noticia otra vez. Por televisión amenazó a la comunidad judía con la “ira aria” para el caso de que esta pretendiese tener voz en los asuntos públicos de Argentina. Esto no es kafkapolítica. Es la Argentina de hoy que expone sus pústulas y sus lacras. Y uno de sus expositores, que ignora cuán poca pureza “aria” resta del mosaico itálico de la promiscua etnia peninsular de la que él procede, exhuma la violencia de los fasci di combatimento mussolinianos. Hay más todavía.

---